

LUNA Y LAS PARADOJAS DE LOS PUERCO ESPINES: PENSANDO EN LA NIÑEZ SOLA

Graciela Cardó Soria¹

*“Quien no sabe poblar su soledad,
tampoco sabe estar solo entre una multitud”*
(Charles Baudelaire)

Resumen

Este trabajo es un intento de reflexionar acerca de la soledad, especialmente en la niñez. Muchos pacientes llegan a consulta debido a que no pueden hacer amigos, la soledad los acompaña sin poder ellos y ellas sentirse acompañados.

Deseando crecer en compañía, generan en los demás rechazo, como los puerco espines, que al juntarse pueden herirse.

Conocer la paradoja, aceptar la soledad, estar acompañados estando solos, fueron algunos de los retos que con estos niños y niñas creamos juntos. Con el nombre de Luna condensé a muchos pacientes que vivían la soledad sin autonomía, sin poder compartir, y a quienes además, pude acompañar en diferentes momentos de su ciclo vital.

Desde el psicoanálisis Melanie Klein y Jean Michel Quinodoz, nos dieron luces para no estar solos en la búsqueda de la comprensión de estos procesos tan humanos. Desde la literatura, Harukui Murakami y Gabriel García Márquez, nos guiaron con afecto y claridad.

Descriptor: *Caso clínico, infancia, soledad.*

Con el nombre de Luna, me referiré a algunas pacientes, intentando condensar, así, algunos aspectos de sus vidas. Ciertas coincidencias me llevaron a esta idea de llamarlas Luna: todas eran hijas únicas, todas tenían problemas para tener amigas, todas se sentían incómodas con su cuerpo, en resumen, eran niñas solas. Otra coincidencia, en este caso feliz para mí, fue que tuve la oportunidad

1 Candidata del Instituto de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis.

de verlas en diferentes períodos de sus vidas: niñez, latencia y adolescencia. Digo feliz, porque gracias a ellas aprendí un poco más acerca del alma humana, de sus sufrimientos y alegrías. Ellas y sus familias, me permitieron compartir como con la luna, sus diferentes ciclos: los de soledad, dependencia, compañía y separación, así como los de sus cuerpos, la niñez, la llegada de la menarca, el inicio de la vida adolescente, y con ésta, el renacer cíclico de sus conflictos edípicos y el retorno a la madre pre-edípica.

Sesión tras sesión, compartieron conmigo al desnudar sus almas, los lastres que cargaban sus mentes, sus corazones, sus conflictos internos y externos. Creo que aprendí a comprender un poco de su intimidad y de la nuestra. Ésta nos llevaba a los linderos de sus soledades, y es sobre este aspecto, que quisiera compartir hoy con ustedes. Estas niñas y otras más, con su estar solas en sufrimiento, me invitan y demandan la reflexión y el intento de pensarlas.

Presentación de la paciente: ¿Está siempre sola la Luna?

La luna es solitaria, es el único satélite que da vueltas a nuestro planeta. Del mismo modo, Luna, daba vueltas en los recreos alrededor de sus compañeras, observaba, desde lejos, cómo interactuaban, cómo jugaban, cómo se peleaban. La vida en grupos, se desarrollaba ante sus ojos, sin llegar a formar parte de ellos. La tristeza, la soledad y el aislamiento se desplegaban en esos minutos interminables, en los que su búsqueda de amigas y de amor, contrastaba con el bullicio y los juegos de los otros niños. Diego Rivera describía un sentimiento similar cuando siendo muy pequeño, en una fiesta en el zócalo, rodeado de personas, piñatas y alboroto, tomó conciencia de su ser solo, decía entonces acerca de *“un naufragio de la soledad: no se ha borrado ni se borrará.... Cuando pienso en mí, lo toco; al palparme, lo palpo. Ajeno siempre y siempre presente, nunca me deja.... No me habla pero yo, a veces, oigo lo que su silencio me dice: ...al descubrirme, descubriste tu ausencia, tu hueco, te descubriste. Ya lo sabes: eres carencia y búsqueda”*.

Conocí a Luna a los 5 años, no podía tener amigos, tenía problemas para leer y escribir, así como, problemas motores (hipotonía) y, como no, déficit de atención. Su escolaridad fue muy complicada y difícil; sin embargo, Luna era muy empeñosa y consiguió logros. La madre le brindaba mucho apoyo, la llevó a todas las terapias que necesitó. Luna las aprovechó, pero le costaba mucho, física y mentalmente. Cambió mucho de colegio (2 nidos y 3 colegios) debido a las dificultades que iba teniendo, tanto académicas como sociales. Molestaba a las niñas y niños, no podía hacer amigos, era blanco de burlas, terminaba en la hora de recreo, como muchos niños, en la biblioteca mirando cuentos y haciéndose amiga de la bibliotecaria. Luna tenía una apariencia peculiar, agradable, pero terminaba siempre desordenada, descuidada, hasta sucia. Por sus dificulta-

des motoras, comía con la boca abierta, a veces babeaba, se caía con frecuencia, generalmente no hacía la clase de motricidad o educación física.

Sus padres se divorciaron cuando era muy pequeña, el padre extranjero, vivió siempre fuera de Lima. Va a consulta justo en la época en que empieza a viajar para pasar vacaciones de mitad de año con él. Era descrito como una persona malhumorada, negativa, que juzgaba siempre negativamente a su hija. Parecía que Luna lo exasperaba; definitivamente no fue fuente de apoyo sino más bien de inseguridad debido a su severidad y a sus críticas constantes. La madre, por otro lado, al estar tan presente, balanceaba un poco su dañada autoestima, pero llegaba a asfixiarla al tratar de solucionarle todos sus problemas. Luna se encontró pues, entre la devaluación y la sobreprotección, expresión de desconfianza. Entre una figura paterna mermada por su ausencia y negatividad y una materna menguada por su exceso. Por un lado y por el otro, estuvo atrapada en relaciones que la excluían: peleas y sometimientos por el miedo. Finalmente, no se sintió reconocida en su diferencia ni dueña de un mundo propio, muy distinto al de sus padres.

De la soledad y sus ciclos: los tres períodos terapéuticos

I Ciclo: “Todos me hacen daño”

Este fue el primer período terapéutico, desde los 5 a los 8 años. Luna descargaba su frustración contándome cómo le iba en el colegio; llegaba a llorar de pena y rabia, la culpa siempre era de los demás. Las niñas eran malas y tontas, todo lo dañino estaba afuera, ella nunca hacía nada. Sin embargo, o por ello, contratransferencialmente sentía que trataba de someterme a través de su lamento. Algo en mí rechazaba una parte de Luna y me llevaba a pensar en aquel lado oscuro que también debía tener. Las sesiones oscilaban entre su ser víctima, y el dibujar y jugar a las hadas; creábamos jardines de flores, mariposas y haditas. En ocasiones había fiesta en el consultorio, piñatas y pica pica de papel de seda.

Podríamos decir que predominaba un funcionamiento esquizo paranoide, donde los otros eran los culpables y donde la idealización la rescataba del convertir el jardín de hadas en un *Jardín de las Delicias*. Lacan (1954) reflexionando sobre Melanie Klein, señalaba que “*el niño espera encontrar en el cuerpo de la madre, objetos, que aunque están incluidos en él, están provistos de cierta unidad, objetos que pueden serles peligrosos. ¿Por qué peligrosos? Exactamente por la misma razón por la cual él es peligroso para ellos*” (pp. 132). Esto era precisamente lo que observaba en Luna; si bien era cierto que la trataban mal, en su lado oscuro e inaccesible, ella quería destruirlos, ella era peligrosa para sus compañeros y para mí. Teníamos que

convertirnos en hadas y con la magia a nuestro favor, no nos destruiríamos, sólo con la idealización quedaba a raya su destructividad, siempre latente.

Klein (1990) nos recuerda que el sentimiento de soledad “*puede nacer de la convicción de que no se pertenece a ninguna persona o grupo*” (pp. 159), pero existe un significado más profundo. Se refiere al funcionamiento esquizo-paranoide, a las proyecciones de lo malo en los otros, con lo que el sujeto se queda solo frente a los objetos malos. Evidentemente esta emoción, tiene que hacer con la pérdida de la relación primaria con la madre, si esto no se resuelve regularmente bien, la persona podría tender a una fuerte dependencia con ella, y mediante equivalencias simbólicas desplazaría este tipo de vínculo en los demás, ya que “*las relaciones externas alivian parcialmente la soledad*” (Klein, pp. 179). Tendería a encontrar en el exterior, personas que la acompañen en su soledad, pero se trataría de una compañía que no podrá ser interiorizada.

Dejé de ver a la paciente porque algo había mejorado al decir de su madre, y también porque la cambiaban de colegio: nuevos horarios, actividades, etc.

II Ciclo: Hacerse cargo, “la boa y el puercoespín”

Luna regresa a los 12 años y se queda conmigo 3 años más. El detonante para la búsqueda terapéutica era la pésima relación que tenía con su mamá y con las amigas. Era cercana –desde la niñez- a una prima a quien evidentemente idealizaba y trataba de dominar y controlar, pero esta prima ya no aceptaba este tipo de relación, tenía su propio grupo de amigos, lo que provocó en Luna un fuerte crisis de tristeza, dirigiendo entonces la rabia hacia su madre.

Sola o máximo de a dos, nunca de a tres, la vida de Luna se centraba en sus conflictos vinculares. Si damos un paso de la clínica a la literatura, la siguiente frase da cuenta de sus sentimientos: “*Estoy cansado de vivir detestando, odiando, guardando rencor. Estoy cansado de vivir sin amar a nadie. No tengo ni un solo amigo. Ni uno solo. Y, sobre todo, ni siquiera soy capaz de amarme a mí mismo. ¿Por qué no puedo amarme? Pues porque no puedo amar a otros. Cuando uno ama y es amado, la gente aprende*”. (Murakami, 2011, pp. 517)

Había logrado nivelarse académicamente, podríamos decir que se la veía “armónica”; sin embargo, un día podía llegar muy arreglada y al otro toda desordenada y hasta sucia. Fue un período muy verbal, recostada en los cojines emergía el diálogo psicoanalítico, éste podría decir, se centró en dos animales: la boa y el puerco espín. Este último le recordaba a su niñez solitaria “*son animales solitarios porque tienen púas y quieren estar juntos*”, me decía, y yo me imaginaba esta paradoja: hincar y espantar a los demás, queriendo todo lo contrario, deseando estar cerca de alguien. Recordando esto, encontré la “*Fábula del puerco espín*”:

En una época muy fría...los puerco espines dándose cuenta de la situación, decidieron unirse en grupos, de esa manera se abrigan y protegerían entre sí. Pero las espinas de cada uno, herían a los compañeros más cercanos, los que justo ofrecían más calor. Entonces decidieron alejarse unos de otros, y empezaron a morir congelados. Así que tuvieron que hacer una elección, o aceptaban las espinas de sus compañeros o desaparecían. Decidieron volver a estar juntos. De esa forma aprendieron a convivir con las pequeñas heridas que la relación con una persona cercana pudo ocasionar, ya que lo importante es el calor del otro. (Arthur Schopenhauer)

Estos recuerdos los entendí como el inicio del encuentro con ella misma, con el lado oscuro de Luna. Poder pensar que ella hería y era herida, fue el inicio de un largo camino hacia la integración. Con dolor y asombro, empezó a sentir que el mundo no estaba siempre en contra de ella, que muchas veces era ella quien destruía y asfixiaba, quedándose por ello casi siempre sola. Así emerge hacia sus 15 años la figura de la boa; quería tanto estar cerca de alguien que las apretaba y asfixiaba, sentía que rodeaba a sus amigas y amigos fuertemente, como la boa, y que de pronto los podía dañar, por eso estaba sola. Si bien eran imágenes fuertes, resultó que, el saberse posesiva, dominante y por consiguiente agresiva, le produjo alivio y consuelo, aquel sentimiento que tenemos cuando aceptamos nuestra responsabilidad que va de la mano de la posibilidad de cambiar.

La soledad no había desaparecido del todo; recordando a Klein, el proceso de integración, de asumir nuestra bondad y nuestra maldad, también trae como consecuencia el sentimiento de soledad. Nos quedamos también sin nuestras idealizaciones. Solas y solos nos enfrentamos a lo que amamos y a lo que odiamos, a nuestras partes claras y a las oscuras, nadie lo podrá hacer por nosotros.

Así, con un poco de autonomía ganada, Luna reinicia la larga tarea de toda mujer: el ciclo de encuentros, desencuentros y de separación con su madre; difícil proceso que aún no ha terminado.

III Ciclo: “Alivio y libertad”

A sus 18 años, Luna regresa, “quiero irme a estudiar a M; cómo hago para que mi mamá entienda”; es este entonces su motivo de consulta. La mayor preocupación -manifiesta- de su madre es la soledad de su hija, Luna no había tenido pareja, tenía una o dos amigas nada cercanas. Si bien como dice Haruki Murakami en *Sputnik mi amor*, “estamos destinados a vivir solos en algún momento de nuestras vidas” (pp.71), la vida de estas pacientes era tan solitaria como la de la luna.

Sin embargo, con sus momentos de integración y habiendo podido discriminar sus partes destructivas de sus efectos, su odio ya no era vivido como tan peligroso. Esto, cito a Klein: “también abre el acceso a fuentes de gozo en el

mundo externo, por consiguiente este es otro factor que reduce la soledad” (pp. 174). La apuesta a sus 18 años, fue por la posibilidad de crecer, de ir y venir; Luna nos decía que quería y podía ahora “volar con sus alas” (Quinodoz, 1993, pp. 222). Si bien fue una decisión muy difícil, nos aventuramos por el deseo de la separación real, que consideramos necesaria para el logro de lo que Hanna Segal² llamó *separatividad*, refiriéndose al proceso de diferenciación yo-objeto, y de lo que Quinodoz denominó la autosustentación, que “indica el punto de confluencia de procesos lentos, infinitamente complejos y de aprehensión difícil, y forma parte de esa categoría de emociones tan familiares, y no obstante, tan poco conocidas” (pp. 222). Yo percibía lo imperioso y profundo de este proyecto, se necesitaba esta vez sola para encontrar su potencial; pensaba y pienso, que el viaje concreta y simbólicamente representaba su confianza en llegar a la “madurez psíquica”, aquel condensado de emociones y sentimientos de contar con uno mismo, de poder encontrar y usar nuestra propia fuerza. Alejarse de su madre, era y es, la posibilidad de poder extrañarla, de llevarla dentro, del devenir de ésta como objeto interiorizado capaz de sostenerla. Era diferenciarse de su madre a la vez que llevarla dentro, pero no de aquella manera fusionada y asfixiante que veíamos reflejadas cuando Luna se sentía boa o puerco espín.

Su opción por irse a vivir sola, nos ponía frente a la metamorfosis que su ser sola de niña había experimentado. Renunció al ser todo con su madre, a que ésta le solucionara sus problemas, pero también a que la limite y restrinja. Optó por dejar de ser “aquel inmenso mar” del que hablaba Lou Andreas Salomé (1982), en el que también se ahogaba, para “ser el estrecho cauce de un río”. Se despedía de las comodidades, e iba dispuesta a encargarse de su propia casa.

La soledad que había padecido de niña y adolescente, “fundada en la desconfianza y la hostilidad” (Quinodoz, 1993, pp. 247), era esta vez otra. Luna quería la soledad como una “prenda de vuelta a las propias fuentes que funda el carácter singular de toda creación... es decir, la verdadera naturaleza de nuestro yo” (Quinodoz, pp. 247).

Reflexiones finales sobre un posible por qué la soledad duele tanto

“El hombre no es un animal razonable...” nos dice Castoriadis (2004), sino “...un ser viviente que posee el logos, es sobre todo un viviente cuyo logos ha sido fragmentado y los pedazos han sido puestos al servicio de amos diferentes y opuestos” (pp. 86). Parafraseándolo, diríamos que el hombre no es un animal social, su capacidad social ha sido fragmentada y sus pedazos pertenecen a amos

2 Hanna Segal (1962). *Factores curativos en el psicoanálisis*. París, Des Femmes. Citado por Quinodoz, (1993), pp. 49.

diferentes y opuestos. Pienso que estos amos son nuestras ya conocidas pulsiones de vida y de muerte. Por eso estar solos duele, lo deseamos y lo impedimos.

Años atrás Melanie Klein (1990) reflexionó acerca del sentimiento de soledad, nos dejó claros caminos para asomarnos a esta vivencia universal, dolorosa y necesaria, cercana a la muerte, que siempre nos acompaña. Luna vivió la soledad de la hostilidad, y también la de la integración y la responsabilidad. Hanna Arendt (2002) aporta a estas diferenciaciones al distinguir entre soledad y solitud (*solitude*). Este último se refiere al estado existencial en el que uno se hace compañía a uno mismo, distinto de la soledad (*loneliness*), donde “uno se encuentra solo, pero privado de la compañía humana y también de la propia compañía. En la soledad se siente *la carencia* de la compañía humana, y la aguda conciencia de tal privación es lo que hace que los hombres existan realmente en singular, de modo que quizás únicamente en sueños o en la locura son plenamente conscientes del insoportable y “terrible horror” de este estado” (pp. 96). Porque existe la soledad de la carencia, siempre dolerá.

Por supuesto Winnicott (1958), nos enseñó acerca de la capacidad para estar solos en presencia de alguien, que llevará poco a poco, a la adquisición de la capacidad de estar verdaderamente solos, llevando internamente la presencia de la madre. La soledad esta vez nos permitirá crear.

Luna viajó, se fue a vivir con ella misma, fue necesario para ello cambiar su ambiente, tenía que domesticar su propio espacio, separándolo y diferenciándolo de los espacios maternos y paternos. Buscó un territorio neutro que no frenara ni orientara sus necesidades; con esfuerzo va comprendiendo por qué es diferente, por qué le cuesta tener amigos, se acepta más a sí misma y puede vivir rodeada de gente, con ellos y entre ellos.

Para terminar, me pregunto con J.M. Quinodoz (1993): “¿Qué puede aportar el psicoanálisis a una persona para quién la soledad es una pesadilla?”

Y respondo con Gabriel García Márquez (1982) lo que pienso puede aportar: “una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra”

Bibliografía

- Andreas-Salomé, Lou (1982). *El narcisismo como doble dirección*. Barcelona: Tusquets.
- Arendt, Hanna (2002). *La vida del espíritu*. Buenos Aires: Paidós
- García Márquez, Gabriel (1982). En: *Discurso de agradecimiento en Estocolmo: Un canto de amor para América Latina*.
- Klein, Melanie (1990). *El sentimiento de soledad y otros ensayos*. Buenos Aires: Hormé-Paidós.
- Lacan, Jaques (1954). *Seminario I*. Buenos Aires: Paidós.
- Murakami, Haruki (2008). *Sputnik mi amor*. Madrid: Tusquets Editores.
-(2011). *1Q84*. Madrid: Tusquets Editores.
- Quinodoz, Jean Michel (1993). *La soledad domesticada*. Buenos Aires: Paidós.
- Schopenhauer, Arhtur. *Fábula del puerco espín*. En: www.alcoberro.info